

EN TORNO A LOS CAMBIOS EN EL CAMPO RELIGIOSO DE AMÉRICA LATINA. UNA MIRADA A CUBA.

Juana Berges.

En la actualidad latinoamericana y caribeña es un tema permanente los cambios que se verifican en el campo religioso. Llama la atención de los estudios la multiplicidad de formas con las que aparecen, se reproducen y transforman creencias y prácticas que logran captar la atención de diferentes grupos sociales.

A esto le sigue la preocupación por encontrar una respuesta adecuada, el común denominador que explique el por qué, o lo que es lo mismo: qué revelan tras sí los datos? ¿Cuáles son las lógicas del fenómeno?.

Hasta ahora, multiplicidad de clasificaciones, tipologías, caracterizaciones y estudios específicos, reproducen el objeto de estudio. Revelan, además, que esto que tenemos ante nosotros es un proceso de cambios profundo y complejo

Hipótesis acerca del asunto se sustentan en criterios distintos y se derivan tendencias, aunque creo que nadie auguró el impacto que iban a alcanzar estos nuevos movimientos. Algunas teorías abordan el problema esencialmente desde el punto de vista etnocéntrico, o se dan explicaciones acerca de su implicación política y social. Otras giran en torno a la crítica de sistemas institucionalizados, a saber, del protestantismo tradicional, por alejarse de los compromisos históricos y su ruptura con la cultura popular. De los católicos romanos también por no haber alcanzado los verdaderos dilemas en que se mueven los seres humanos. Y hasta la Teología de la Liberación, de la que se dice que a pesar de haber optado por el pobre, este se adhirió mejor a la opción pentecostal. Un pentecostalismo, por demás, en tensión permanente por la presencia de corrientes llamadas “de renovación carismática” que atraviesan al cristianismo en general.

El debate ha movido, por otra parte, reflexiones sobre el concepto mismo de religión, funciones, componentes y formas de pertenencia o de adhesión de los creyentes.

Mientras, los Nuevos Movimientos Religiosos crecen y recogen del imaginario popular en una síntesis por veces ecléptica debido a la conjunción de factores de procedencia distinta. La misma globalización dinamiza esa perspectiva que pudiera plantearse sincretizada, o de “apropiación selectiva”¹. Por el contrario, lleva también a que líderes de organizaciones religiosas asuman posiciones de resguardarlas, a toda costa y costo, de uniones no deseadas. Conduce de paso a la polémica entre lo que es auténtico y lo no auténtico.

No aparece casual el momento en que se siente la fuerza de la pluralización religiosa en el contexto latinoamericano y caribeño. Coincide con el proceso que desde los 60 a los 90 ha llevado al pobre de marginal a excluido². El sistema capitalista crea inseguridad y desplazamiento para gran parte de la población. Empleados públicos que no saben cuando quedarán sin empleo, obreros que ven decrecer sus ingresos, campesinos víctimas de consorcios agroindustriales, devenidos emigrantes forzados hacia las ciudades, aumento del trabajo informal y, mientras, la región se debate en una grave distribución de la riqueza. Esto alerta a la necesidad de no descuidar los análisis en términos de clase y relaciones sociales. Sienta bases, además, para aceptar que entre las variadas causas de lo que ahora acontece, aparezca también una reacción frente a la oferta de un solo modelo (neoliberal) impuesto y de su propuesta de un solo camino para el desarrollo de la democracia y la justicia social: el fin de las utopías. Frente al supuesto optimismo que quiere absolutizarse en la “anhelante” espera de integrarse a la categoría de nación desarrollada, se produce el rechazo simbólico a un mundo hostil del que hay que buscar pronta salvación.

¹ El sugerente término de apropiación y reinterpretación selectiva” remitía en un editorial al contacto intercultural. Véase al respecto “Religiones Latinoamericanas” No. 2 julio- diciembre de 1991.

² Helio Gallardo (1995) se refiere a la transformación que ha sufrido la imagen sociológica del pobre desde la década del 60 hasta hoy. “Para la mayor parte de la sociología oficial del desarrollismo- dice- el pobre era caracterizado como marginal”. Apunta a continuación que en la segunda mitad de la década del 80 el pobre empieza a ser representado como excluido, imagen que se incorpora a la sociología oficial en la década del 90.

Por tanto, factores internos también funcionan: elevados índices de pobreza, abandono, marginalidad, desempleo y subempleo, falta de redes comunitarias; corrupción, carencia de servicios médicos y educativos, sobre todo en zonas rurales y periféricas de las ciudades. No se encuentra solución, ni en lo material ni en lo espiritual, en estructuras ya establecidas

A nivel religioso se intenta transformar situaciones de privación con códigos milenaristas, mesianistas, misticistas, fanáticos, fundamentalistas, carismatistas, y toda una serie de fórmulas que amplían el mercado a cualquier demandante. Incluso, la literatura señala la existencia de una multiparticipación religiosa por parte de sectores populares.

La heterogeneidad protestante en prácticas litúrgicas, interpretaciones bíblicas, doctrinas y concepciones del mundo social, favorece su elección. Pero cuando se habla del boom se alude principalmente al pentecostalismo, asegurándose que reúne aproximadamente del 60 al 90% de los más de 50 millones de protestantes calculados en América Latina (Gutiérrez, 1995: 251)³.

La Iglesia Universal del Reino de Dios, en Brasil, es un ejemplo de estilo neopentecostal de rápido crecimiento, con campañas de sanidad y agresividad competitiva que combina elementos tradicionales y nuevos y que se ha lanzado ya a la conquista de otros espacios geográficos.

Aparecen también expresiones no cristianas, algunas de corte filosófico religioso procedentes de culturas orientales e incorporadas en Occidente con amplitud de puntos de vista. La “Nueva Era”, transformación de la persona, mística, pasan a la orden del día. Se toma del budismo, del islamismo, del hinduismo y de otras tradiciones. Una larga lista de nombres atomiza el cuadro religioso. De otro lado, aumentan las iniciaciones en creencias y prácticas de origen africano. Por ejemplo, la santería, al estilo cubano, ha ganado adeptos en áreas geográficas disímiles.

³ Existen estadísticas variadas y se anuncian posibles incrementos. Los estimados señalan de 25 y hasta 35 % de la población convertida al pentecostalismo, sobre todo en determinados países como Brasil, Chile, Guatemala y otros.

Movimientos religiosos e iglesias que se expanden encuentran, en buena medida, aceptación por aquellos que son privados de lo esencial para vivir. Los significados de búsqueda de sentido se perciben mediatizando en mucho las relaciones religiosas en los testimonios que se leen de los convertidos. Por lo general, portan una religiosidad de tipo emocional y de afirmación de la experiencia personal. Esta individualidad se traduce al plano de las relaciones institucionales, que adolecen de iniciativas para el trabajo conjunto respetando lo diverso, contribuyendo, por tanto, a debilitar el movimiento ecuménico regional de histórica proyección progresista. Sectores religiosos de abiertas posiciones sociales critican la distorsión del mensaje profético y de “protesta” del cristianismo, expresión que ha sido desbordada por los cambios contemporáneos. En algunos medios, la variedad de mensajes de “sobrevivencia espiritual” despierta “sospechas epistemológicas” por su posible vínculo con la propuesta del neoliberalismo y su “juego de libre mercado”.

De manera que si de un lado se le otorga a todos estos cambios un carácter más o menos espontáneo, expresión de las demandas de las mayorías desposeídas que expresan religiosamente, a su modo, inconformidad, por otro se argumenta que tras estos movimientos se esconden intereses políticos hegemónicos desde centros internacionales de poder, concretamente en Estados Unidos, aliados a la derecha religiosa. Esta opinión evita la ingenuidad y se basa en datos concretos. El Informe Rockefeller, ya en los 60, los documentos de Santa Fe (1 y2) y la creación del Instituto de Religión y Democracia son evidentes indicadores.

Lo que acontece bajo la pluralidad de ofertas dentro de la esfera religiosa en países del área debe ser evaluado sin abandonar una perspectiva de conjunto, a pesar de sus diferencias o por encima de ellas, frente a un fuerte movimiento de cambios que provoca choques con la subjetividad social y que impacta las representaciones colectivas dividiéndolas o fragmentándolas. Al decir de Francois Houtart “la polarización social acentúa también la polarización religiosa” (1997:13)

Todas estas tendencias refuerzan el interés por el vínculo religión sociedad cultura y espiritualidad y por interpretar las realidades sin prejuicios apriorísticos.

Con independencia de la autonomía relativa de los fenómenos sociales, no pueden analizarse separadamente los micro y los macroprocesos como pretenden en la actualidad teorías constructivistas que ignoran la posibilidad de explicaciones plausibles privilegiando la microdimensión y lo fenomenológico.

En las dimensiones subjetivas de los choques sociales y culturales a los que está sometido el ciudadano común se establece una conexión con “un algo” que los provea de determinada seguridad y organización, que los ayude a vencer el mal, a salvarse, entendida la salvación de manera inmediata. Es común encontrar oposiciones del tipo: bien—mal, Dios- Diablo, purificación- pecado, salvación- perdición. El centro se desplaza, y preferencia la transformación personal y las relaciones en su nivel primario, no la crítica de relaciones sociales o al análisis de lo social. De algún modo mitiga incertidumbres, carencias y falta de sentido de la vida y de su universo. En algunos casos, digamos en grupos pentecostales que indirectamente ligan salvación y pobreza, podría convertirse en embrión que estimule reflexiones más profundas que sobrepasen los límites de ese discurso.

Descriptivamente la situación se mueve en los parámetros anteriormente enunciados. De ahí la importancia de las investigaciones encaminadas a profundizar en lo que indican estos cambios y en cuáles son sus reales significados, sobre todo si se tiene en cuenta que no es previsible la disminución de la variedad de ofertas religiosas de mantenerse condiciones similares a las que las vieron emerger.

Cuba

Mientras tanto ¿qué ocurre en Cuba? Quisiéramos referirnos especialmente a los grupos pentecostales en el país y que en América Latina han alcanzado las cifras espectaculares ya enunciadas.

En primer lugar, debemos señalar que Cuba no compartió la explosión pentecostal de los 70, época en que todavía se mantenía constreñido el espacio religioso. Ni en períodos anteriores (en los 50 el movimiento pentecostal no sobrepasaba los 20 mil miembros) ni hasta la mitad de los 80 se evidenció el aumento sistemático del pentecostalismo, por demás integrado al crecimiento de todas las expresiones religiosas.

Ciertamente el pentecostalismo ha repercutido con mayor potencia en la población, en especial algunas de sus denominaciones ya que otras son de carácter local (en conjunto hablamos de más de cien mil personas), pero esta verdad no debe considerarse en términos absolutos sin caer en exageraciones o sobreevaluaciones que, en nuestro criterio, conducirían a distorsionar el fenómeno. La consideración objetiva de su distancia con lo que acontece en América Latina y de algunas de sus características (como también partimos de que hay elementos en común) se avalan no sólo en cifras.

No puede soslayarse el fenómeno socio económico y cultural que ha ocurrido en nuestro país durante las últimas cuatro décadas y sus efectos en la ciudadanía, que elevó los índices de educación, de salud, formas y nivel de participación y otros indicadores importantes, con sus consiguientes influencias también en el sector de los creyentes, frente a realidades dramáticas en el resto del mundo subdesarrollado. La sociedad cubana no es la misma, ni pudiera serlo, después de esa experiencia con relación a lo que era antes del 59. De otro lado, en el campo estrictamente religioso, es necesario insistir en la fortaleza, siempre presente, de formas de expresar creencias y prácticas en el ámbito nacional que aún se manifiestan con impulso renovado.

Hay impactos del pentecostalismo, pero es necesario que sean vistos en su justa medida. Todo indica que su expansión guarda estrechos vínculos con el proceso que ha vivido el país en la última década provocando efectos económicos y sociales que también se expresan en la subjetividad y en las percepciones. Si bien ha influido el entorno externo y métodos de evangelismo masivo con el que se ha tenido contactos de manera directa o indirecta, en lo interno ha jugado un papel el tratamiento más desprejuiciado de lo religioso y su tipo de propuesta en mayor medida adecuada a situaciones de crisis. Los creyentes a menudo aluden a su recuperación en términos de cambio de vida y de sentirse seguros.

Pero en la expansión pentecostal apreciamos que también intervienen los elementos que la acercan al espiritismo, al Palo Monte, la santería, y a la religiosidad más extendida en la sociedad cubana, disociada de formas organizadas. Zonas de contacto están en la presencia de trances, hablar en lenguas extrañas, visiones, curaciones milagrosas, profecías, la fuerza de las palabras y gestos, el poder de la ceremonia religiosa, y la relación con lo sobrenatural más personal-sensorial que conceptualizada. Existe una movilidad- de la que han dado testimonios líderes religiosos- de espiritistas, santeros y paleros a congregaciones pentecostales. Varios de los entrevistados en un estudio acerca de las Casas Culto, escogidos al azar, provenían de centros espiritistas, familias santeras y algún rayado en Palo. Ponerse de espaldas a esta realidad significa, de hecho, en la postura de algunos representantes del pentecostalismo, la subestimación de otras formas de creencias y prácticas, y eludir la comprensión de un fenómeno que establece una línea de continuidad con la religiosidad que tipifica al cubano y otras extendidas. En lo teórico abre pistas novedosas para probables cambios en el cristianismo evangélico y de modulaciones del sentimiento religioso. También se ha constatado el reforzamiento en la última década de una tendencia de ampliación a congregaciones no pentecostales, en particular metodistas y bautistas de la zona oriental, de características propias del culto pentecostal. Música, palmadas,

cantos, uso de instrumentos de percusión y exclamaciones que autoestimulan al colectivo. La Celebración Evangélica en mayo junio del pasado año, que ha quedado como un testimonio de unidad, permitió observar una liturgia más pentecostalizada.

El llamado a cambios en la iglesia evangélica, sobre todo en la liturgia, no es nuevo. Es un tema abordado desde épocas tempranas y siguientes a su establecimiento en el ámbito nacional, como medio de ligarlas a las características del entorno.

Un sector evangélico que permanece tradicional no acepta variaciones de ningún tipo, sean o no provenientes del pentecostalismo. Y están otros que han introducido modificaciones moderadas.

Pero las referidas se distancian y diferencian sustancialmente del reavivamiento carismático en el Espíritu Santo, que en menor grado de representatividad y con alcance limitado, ha aparecido en grupos pentecostales y metodistas (donde conviven formas no carismáticas). O sea, se trata de una manifestación que atraviesa denominaciones pero que no forma nuevas iglesias. Tampoco es igual hablar de movimiento pentecostal y renovación carismática en tanto definen dos fenómenos sustancialmente separados.

Estos “carismáticos” no tienen formas ni doctrinas precisas, absorben del fundamentalismo bíblico y aunque no es una característica absoluta, en los comienzos de este fenómeno sus líderes tenían, por lo general, una formación empírica, poca o nula preparación teológica y bajo nivel cultural.

Los carismáticos cubanos han llevado adelante la práctica explosiva de dones y de manifestaciones no concordantes con la doctrina pentecostal como el reposo santo, la risa santa, suspiros continuados, llantos, saltos, etc.

Entre pentecostales y líderes evangélicos de diferentes denominaciones existen preocupaciones por estos estados proclives a manipular sentimientos religiosos en una población que ha experimentado cargas de tensiones y cambios, que llega a los templos con incertidumbres y ansiedades, buscando sentidos que le aporten, un

mensaje esperanzador, y critican su uso en función de llenar locales, absolutizando emociones y con propuestas de alejamiento de la sociedad.

El pentecostalismo no es un movimiento monolítico en Cuba. Hay diferencias en estilos de dirección, que en su vórtice más alto propende al autoritarismo, y en el énfasis o no en la capacitación ministerial (teológica y secular). Por el propio nivel de preparación ya alcanzado se va erosionando, poco a poco, la vieja tendencia a que el pastor se forme en la marcha con el recurso de su personalidad carismática. También los literalismos que se mantienen enfrentan nuevas interpretaciones bíblicas que se abren paso. En el polo opuesto a actitudes y conductas de introversión se manifiesta el desarrollo de una pastoral de servicio en el criterio de que si el Reino no es de este mundo, vivimos en el mundo y hay que luchar para mejorarlo. Además, las divergencias enfrentan sectarismos y el deseo de trabajo mancomunado con otras iglesias y organizaciones sociales.

Terminamos señalando un nudo de investigación: establecer las diferencias y semejanzas entre los tipos de carisma que conviven en la Isla, tanto los que provienen de las raíces cristianas como los que caracterizan a expresiones religiosas extendidas. Contribuiría esto, eficazmente, a la caracterización más plena de la religiosidad de nuestro pueblo.

Bibliografía

- Arce Reinerio y Manuel Quintero (editores) (1997). “Carismatismo en Cuba”. Ediciones CLAI.
- Barabas, A. M.(coordinador) (1991).”El mesianismo contemporáneo en América Latina” Religiones Latinoamericanas 2. ALER, México.
- Berges, Juana (1998): “Pentecostalismo. Características y Expectativas en Cuba”. Revista Caminos. # 12.
- Gallardo Helio (1995) “América Latina en la década de los 90” Revista Pasos. San José. Costa Rica, mayo- junio.
- González, Rhode y Eunice González.(1998) “Estructura y participación en el pentecostalismo cubano”. Revista Caminos # 12
- Gutiérrrez Benjamín (editor) (1995). “En la Fuerza del Espíritu”. AIPRAL-CELEP.
- Houtart, Francois.(1997): “Religión, Sociedad y Mercado en el neoliberalismo”. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Shaull, Richard (1999): “El desafío del pentecostalismo a las iglesias históricas”. Impresión ligera.